

# Ruta literaria

## *Una ciudad bajo la lluvia* con Victoria R. Gil



## RUTA

<b>Fábrica de Armas</b>	<b>3</b>
<b>Cuesta de La Vega</b>	<b>3</b>
<b>Calle del Águila / Molinón</b>	<b>4</b>
<b>Plaza de la Catedral / Porlier</b>	<b>5</b>
<i>Casino</i>	5
<i>Fortaleza</i>	6
<b>Calle San Francisco / La Escandalera</b>	<b>6</b>
<i>Incendio</i>	7
<b>Calle Pelayo / Teatro Campoamor</b>	<b>8</b>
<i>La Perla</i>	8
<i>Teatro Campoamor</i>	8
<b>Pasaje / Uría</b>	<b>9</b>
<b>Parque San Francisco</b>	<b>10</b>
<i>Paseo de los Álamos</i>	10
<i>Estanque de los patos</i>	11
<i>Paseo del Bombé</i>	12

Qué tediosa se le había vuelto la ciudad. El transcurrir de los años, treinta y cuatro ya, había engrosado el lastre con que aquella sociedad provinciana te cargaba no bien nacías. La familia primero, la Iglesia después y siempre las buenas costumbres se ocupaban de imponer las leyes con que Oviedo te condenaba a la normalidad. Si una vez creyó poder liberarse, ya no era tiempo de rebeliones. (p. 7-8)

*Elaboración de la ruta y selección textos: Victoria R. Gil*

*Fotografías: Archivo Municipal de Oviedo. Colecciones de imágenes. Oviedo en blanco y negro.*

*Disponible en: <https://www.oviedo.es/archivo-municipal/imagenes-antiguas/oviedo-en-blanco-y-negro>*

## Fábrica de Armas

El coche atravesó despacio el bosquecillo de magnolios, pinos y abedules y dejó atrás el recinto de la Fábrica Nacional de Armas de Fuego Portátiles de la Vega. Los Hevia se habían mudado hacía pocos meses a uno de los palacetes recién construidos para ceder a la tía Sara la vivienda que ocupaban hasta entonces en la calle Magdalena (...)

No duraron mucho sus protestas por aquel cambio de residencia que obligaba a la familia a abandonar la única zona de Oviedo aceptable. Si el ensanche de Uría era para nuevos ricos, los campos del extrarradio no servían más que para hórreos y aldeanos, y la Vega, aún peor, era barriada de obreros y pasto del humo y los silbidos de la fábrica.

Pero pronto adquirió a sus ojos el necesario prestigio ante la alternativa de quedarse sin hogar. Y si alguna reticencia albergaba, desapareció al descubrir que la casa era una villa señorial de tres plantas, balconada y miradores al jardín, con chimenea en el salón, lavadero para las criadas y una cocina tan espaciosa que bien podría alimentarse allí a la mitad de los operarios. (p. 20-21)

Se presentó el político en el landó del marqués de la Vega de Anzo y fue saludado en el castillo de entrada, con aspecto de fortaleza prusiana, por el coronel Rodríguez Solís, el subdirector de la fábrica, el teniente coronel Carlos González Cutre, y los capitanes José Boado y Luis del Valle (...)

La Vega se dividía en tres grupos de talleres, dos de ellos dedicados en exclusiva a la fabricación de armas, mientras que el tercero se ocupaba de construir y reparar las máquinas que los otros dos requerían para cumplir con su labor. (p. 189)

## Cuesta de La Vega

Una feliz casualidad llevó a Félix a emplearse un año antes en la fábrica de chocolate *La Asturiana*, propiedad de Juan María Acebal, a quien ser considerado el príncipe de los poetas asturianos no le impidió ser también un emprendedor. Acebal compartía con su hermano Francisco una panadería en la calle del Águila de mucho predicamento en la ciudad... (p. 26-27)

## Calle del Águila / Molinón

... *El Molinón* era un negocio moderno, con máquinas y técnicas a las que tendría que adaptarse. No le ayudaba a sentirse más segura cuanto Félix le había contado de los hermanos Acebal, de las varias empresas en que se habían embarcado y de la fundición de metales que habían creado en la misma manzana de casas que la tahona, donde se alzaba una imponente chimenea de ladrillo rojo que ahora observaba desde el ventanuco de la buhardilla. (p. 27)

Al llegar a la tahona, Aurora sacó las llaves y abrió el pesado portón. Los recibió una espesa oscuridad, que no se disipó hasta que la chica prendió una de las lámparas e iluminó las largas mesas donde se amasaba el pan, los amplios hornos y los estantes... (...)

Aurora se limitó a abrir una pequeña puerta oculta tras unas cajas, a través de la cual descendieron hasta el sótano de la panadería. Esta vez Andrés no dijo nada cuando la joven se dirigió hasta una trampilla que trató de abrir con poco éxito. (...)

Los tres tiraron con fuerza de la argolla y consiguieron levantar la portezuela de hierro bajo la que aparecieron unos escalones tallados en piedra.

—Tras esa escalera hay dos túneles —explicó Aurora—, uno llega hasta el monasterio de las monjas benedictinas de San Pelayo que está enfrente y el otro desemboca en la catedral. (...)

—Hay quien dice que están contruidos con ladrillos romanos —dijo Aurora (...). Pero según los Acebal son sólo los restos de un palacio.

—Quizás el de Alfonso III, creo que estaba por aquí —murmuró Bárbara. (p. 224-227)



## Plaza de la Catedral / Porlier

La diligencia de León había dejado a los viajeros frente a la torre gótica del templo, que se exhibía lustrosa bajo el agua que hacía brillar las galerías acristaladas y el hierro fundido de cercas y balcones. La lluvia que con resignación sufrían casi a diario los ovetenses desde octubre hasta mayo dotaba de una bienvenida limpieza al caserío y a las intrincadas callejas de alrededor, trazadas más por la casualidad que por el diseño urbano.

En los arcos del soportal esperaban con desgana los vendedores de madreñas, no fuera a pasar algún comprador tardío que les alegrase la jornada, y tras la fachada posterior descubrió Aurora que los vecinos cultivaban sus huertas como si vivieran en mitad del campo y no a la sombra del edificio más solemne de la ciudad. (p. 26)

Hay quien piensa que toda la manzana no tiene ningún valor arquitectónico y que es necesario darle a la catedral más espacio para que pueda ser admirada con perspectiva. Otros aseguran justo lo contrario, que la plaza porticada posee un gran interés histórico y que lo que requiere nuestro templo son precisamente vistas parciales para sorprender aún más cuando se contempla el conjunto. Hasta el catedrático Fermín Canella se ha apuntado a la idea de echarlo todo abajo. (p. 198)

## Casino

El baile, uno de los muchos que se organizaban durante las fiestas de San Mateo, reunía al Oviedo que importaba y al que se creía importante, dedicados ambos a lucirse y mostrar que nada ocurría en la ciudad que escapara a su control (...)

No es que el espacio dedicado al evento fuera muy amplio, que el mucho dinero gastado en arreglar las reducidas salas no llegaba para milagros, cuando de todos era sabido que de haber abandonar el sombrío caserón, el casino ya dispondría de un nuevo edificio con todas las comodidades modernas. Pero nadie estaba dispuesto a renunciar a tan noble entorno por motivos prosaicos como aquellos y así se conformaban con unos bailes constreñidos como el corsé de una dama, del que algunos escapaban en cuanto podían al gabinete de lectura o a la mesa de juego. (p. 240-241)

## Fortaleza

... cuando llegaron a Porlier, Aurora sintió un escalofrío de miedo al observar, asomada desde una esquina de la plaza, la antigua fortaleza de Alfonso III, convertida en cárcel para hombres.

—¿Cree que mi hermano estará ahí? —preguntó señalando el edificio de tristes muros y rejas en las ventanas, reconstruido sobre los restos de la antigua muralla medieval.

—Podría ser, pero seguramente lo tengan aún en los calabozos, pendiente de lo que decidan hacer con él y con sus compañeros —dijo Bárbara—. Ojalá no lo condenen, porque se dice que los presos de la fortaleza comen lo justo para sobrevivir y están siempre atados a los grilletes. (p. 92)

## Calle San Francisco / La Escandalera

Habían llegado a la plaza 27 de Marzo, que, con la habitual obstinación de los ovetenses respecto a los nombres de sus calles, todos llamaban la Escandalera. Tras de sí quedaban la Cárcel Galera y las antiguas huertas del convento de Santa Clara sobre las que marchaban contra reloj las obras del nuevo teatro. (p. 67-68)



Frente a ellas se alzaba un edificio de muros encalados, dos plantas y puerta reforzada, que Bárbara habría reconocido incluso sin la lápida que coronaba la fachada principal y en la que se podía leer: *Para reclusión y corrección de mujeres, el ilustrísimo señor obispo Pisador fabricó el piso bajo, año 1776. La Real Asociación de Caridad el alto, 1832.* Estaban en la Cárcel Galera. (p. 85)

## Incendio

Renunció al resto de los churros, que ofreció a unos rapazuelos, cuando Enrique la condujo hasta la atracción de Lastida y Sangrador, donde el público se admiraba de las figuras de cera que, a tamaño real, reproducían con siniestra exactitud lo mismo a Cánovas que a Sagasta, a Frascuelo que a Lagartijo. A Bárbara siempre le provocaba escalofríos aquella exposición de cuerpos tan reales que más de uno creía que en su interior se escondía una persona de carne y hueso. Miró a su alrededor buscando un espectáculo más atrayente y lo descubrió en el cinematógrafo de Antonio Mayor, en cuya vistosa fachada, decorada a imitación de un palacio árabe, sonaba sin descanso un orquestrófono. (p. 8)

Los dueños y empleados de las instalaciones feriantes y un grupo de soldados del Regimiento Príncipe trataban de romper las tablas para permitir la huida de quienes aún permanecían atrapados en su interior y evitar también que el fuego se propagara. (...)

La que fuera hermosa fachada de inspiración árabe no era más que una gran hoguera y el fuego corría ahora por el resto de la plaza, consumiendo todo a su paso. (...)

Desde la calle Fruela vio llegar al sobrestante y a un grupo de bomberos con una manguera, pero poco quedaba por salvar en la plaza. Sus esfuerzos no sirvieron más que para sofocar los rescoldos. Media hora después de comenzado el incendio, únicamente quedaban en la Escandalera los restos calcinados de las barracas, que inspeccionaban con resignación media corporación municipal, el gobernador militar, los inspectores de vigilancia, el juez y el fiscal, numerosos agentes y una sección completa de la Guardia Civil. (p. 283-286)



## Calle Pelayo / Teatro Campoamor

### La Perla

Aurora cruzó la plaza Progreso y se detuvo en la calle Pelayo, frente a una ruinoso casa de tres plantas y buhardilla de cristales rotos, que aún sobrevivía al afán demoledor del nuevo barrio burgués de Uría. (...)

Cegada por unos instantes, a Bárbara le costó distinguir algo que no fueran sombras sobre un fondo de voces discordantes y chasquidos de las fichas de dominó. Cuando sus ojos se adaptaron a la penumbra pudo ver los carteles taurinos que decoraban las paredes, entre ellos, el que anunciaba la inauguración, tres años antes, de la nueva plaza de toros de Oviedo con una corrida de Frascuelo y Lagartijo.

Aunque había un puñado de lámparas de gas diseminadas por el interior, éstas eran pocas y tenían demasiada mugre acumulada como para iluminar lo suficiente. Quizás por eso *La Perla* tenía aspecto de chigre clandestino y de lugar de reunión para nada bueno. (p. 103)

### Teatro Campoamor



El coche se detuvo ante el Campoamor, edificado a unos metros del mercado de El Progreso y asomado a la plaza de la Escandalera sin que ninguna de sus cuatro fachadas se alineara con uno u otra, ni con la calle Pelayo que lo acogía ni con la de Arguelles que lo flanqueaba, como si el espacio que ocupaba en la ciudad fuera tan extraordinario que se resistiera a cualquier lógica urbanística y sólo aceptara la suya propia.

Las recién instaladas farolas diluían las primeras sombras de la noche y la luz que irradiaban los grandes ventanales hacían creer que en lugar de las ocho no pasaban de las tres de la tarde. Impresionados por tanto resplandor, recorrieron la corta distancia sorteando curiosos y mirones, y entraron en el vestíbulo que daba paso a una sala central, desde la que dos suntuosas escaleras ascendían hasta las plantas entresuelo y principal. (...)

...El súbito murmullo de conversaciones los recibió al llegar al *foyer* de la planta principal, donde el público aguardaba el comienzo de la función. Desde la sala, pequeña en comparación con los corredores que la conectaban con los palcos y que habrían pasado por auténticos salones por su amplitud y opulencia, se podía ver gran parte de la ciudad nueva gracias a los ventanales que se abrían desde el techo hasta el suelo a lo largo de uno de sus lados. (p. 212-213)

## Pasaje / Uría

...El *Café del Pasaje* alternaba los números de zarzuela y *varietés* con el pase de las tres películas que se había traído su dueño de París. Los asiduos nunca se cansaban de ver a la pobre *Juana de Arco* arder en la pira a todo color, para asombro del respetable. (p. 8)



Enrique se detuvo al desembocar en la calle Uría. Admiró la amplia travesía abierta veinte años atrás a costa de los huertos y barrizales del Campo de San Francisco y sobre la tumba de aquel *carbayón* que tantos lloraban todavía como si en lugar de un árbol se tratara de algún exvoto mariano (...)

A su derecha, los escaparates de los modernos negocios que habían revitalizado el comercio ovetense brillaban bajo el sol del verano: la sastrería La Victoria, la botica del doctor Galbán, el almacén de géneros coloniales de Victoriano Campomanes... Allí parecía que nunca lloviera y que el agua se cebase sólo con el villorrio de la ciudad vieja, hacinado sobre la catedral como un montón de escombros.

A su izquierda, y una vez superado el Paseo de los Álamos, se alzaban los espléndidos palacetes, algunos todavía en construcción, propiedad de castellanos, catalanes e indianos, la nueva burguesía local que trabajaba más y paseaba menos que aquella otra que viviera en la *Vetusta* de *Clarín*. La hilera de chalés, de planta baja y tres orgullosas alturas, lucían torres, galerías y ventanales, y aunque cada uno seguía su propio estilo, el conjunto sugería el frente de combate de un nuevo ejército que luchaba con dinero y no con armas. (p. 68-69)

## Parque San Francisco

### Paseo de los Álamos



El Paseo de los Álamos era la cita a la que nunca faltaban los ovetenses a una hora u otra, según dictaban la costumbre y su clase social. Damas y caballeros lo ocupaban al mediodía, mientras que costureras y albañiles, planchadoras y zapateros se apropiaban de él al caer la tarde. En todos los casos, el ritual obligaba a recorrer el bulevar, partido en dos por una hilera de frondosos álamos, en un doble trayecto de ida y vuelta, siguiendo cada uno de los caminos que delimitaba la arboleda y sin que estuviera bien visto que alguien lo realizara en el sentido contrario a la marcha general.

Para las matronas agotadas con el paseo o las niñeras forzadas a detenerse para calmar a un bebé sediento, el consistorio había instalado numerosos bancos a lo largo de las tres líneas de álamos que delimitaban el centro de la avenida y sus orillas.

La intensa vida social que allí florecía no tenía nada que envidiar a la de Cimadevilla o el casino. Negocios y casamientos se habían acordado bajo sus árboles y uno bien podía seguir la evolución de la moda por los tocados femeninos, un muestrario de cintas, flores y plumas, que crecía o menguaba con el pasar de los meses. En el buen Oviedo no se concebía salir a la calle con la cabeza descubierta. Los hombres siempre debían llevar chistera o bombín y las mujeres sombrero, bien fuera de paja italiana en verano o de terciopelo o fieltro de lana en invierno. De los menos favorecidos por la fortuna se esperaba, al menos, gorra para ellos y cofia o pañuelo para ellas. (p. 96)

### Estanque de los patos

... el lago del Campo de San Francisco, al que llamaban, más con sorna que con cariño, el mar de Oviedo. (...)

El parque era la ubicación obligada para todo festejo de relumbrón, ya fuera el paso de los romeros que acudían la Balesquida o al Jubileo de la Santa Cruz. En los días en que la ciudad homenajeara a su falso patrono, San Mateo, le crecían por entre el arbolado barracas, circos, cucañas y hasta instalaciones ecuestres.

Espacioso y poblado de toda variedad de árboles, flores y arbustos, las frondosas copas tejían una bóveda de fresco y acogedor follaje que invitaba a caminar bajo su sombra. Heredero de las huertas y el bosque del que fuera convento franciscano, ofrecía ahora un muestrario de paseos, glorietas, estanques, surtidores, estatuas y hasta un quiosco de música donde las muchachas casaderas que soñaban con encontrar marido en el Bombé podían bailar con los aspirantes.

Esquinado frente al hospicio y los chalés que desde la calle Conde de Toreno mostraban orgullosos la fortuna de sus propietarios, el ayuntamiento había construido un lago de más tres mil metros cuadrados donde peces y balandros convivían en paz y el agua saltaba desde las cascadas y se escurría por una gruta artificial. En medio del estanque, el templete flotante no duró mucho antes de ser sustituido por una isleta para pájaros, que, como es costumbre en la ciudad, no tardó en ser bautizada con mucha prosopopeya Isla de San Pancrancio por unos y Cagayán por otros, quién sabe si por similitud fonética con otro término menos exótico y más escatológico. (p. 168)

## Paseo del Bombé

Los conciertos en los quioscos del Bombé y de la plazuela de Porlier eran el acontecimiento más igualitario, junto con los festejos de San Mateo, que se permitía la ciudad. No era extraño ver a las damas de postín recostadas en los canapés del paseo como un jarrón de piedra más de los muchos que lo adornaban, mientras sus hijas bailaban junto a estudiantes, artesanas y muchachas de servicio.

Aurora la tomó impulsivamente de la mano y la hizo sumarse a las parejas que danzaban en torno al quiosco, que lucía arrogante su estructura de hierro con aspiraciones de torre Eiffel. En aquellos bailes populares no sólo se rompían las barreras de las clases sociales sino también la de los sexos, o más bien, sólo del femenino. Si no estaría bien visto que dos hombres se abrazaran para seguir la música, resultaba aceptable si se trataba de dos mujeres, ya que se daba por sentado que lo hacían sólo por la falta de un compañero masculino y con la esperanza de que éste apareciera pronto. (p. 200)



Nada de todo eso era ya relevante. Lo único que importaba era ayudar a Nora a crecer y conseguir que, fuera cual fuese su vocación, nada le impidiera cumplirla. Acaso el mundo fuera más generoso con ella. Tal vez hasta le permitiera amara libremente a quien deseara. Mañana. Quizás. (p. 288)